EL LABERINTO,

PERIÓDICO UNIVERSAL.

REVISTA SEMANAL DEL GLOBO Y DEL TIEMPO.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes, 8 rs.—Tres id., 20.—Seis id., 36.—Un año, 70.—El número suelto, 5 reales.

N.º 29, TOMO II.—LUNES 1.º DE SETIEMBRE DE 1845.
La redaccion está en la calle de Carretas, núm. 35, cuarto segundo.—El correo franco de porte.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.
Un mes, 10 rs.—Tres id., 28.—Seis id., 54.—Un año, 110.—Suscríbese en las librerías corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Biografía. El padre Lacordaire.—La Cruz de Oro.—Castillos de España.—Manual de Literatura, por D. Antonio Gil y Zárate.—El Monasterio de San Lorenzo, poesía.—Sucesos contemporáneos y Revista teatral.

BIOGRAFIA.

EL PADRE LACORDAIRE.

Por el año de 1818 habia en el colegio de Dijon un alumno muy superior á todos sus camaradas: ademas de los premios ordinarios por él obtenidos mientras cursó aquellas aulas, se creyó justo adjudicarle al fin de sus estudios un premio extraordinario y análogo á su mérito sobresaliente: fué este una coleccion de medallas de los reyes de Francia. Su carácter era comunmente dulce y tranquilo y solia divertirse en hacer sortijas de cerda; pero un incidente cualquiera ponia en combustion aquella organizacion ardiente y en un momento de enojo daba al traste con la prudencia y mesura de cuatro semanas. Cierto dia fué condenado por una falta de disciplina á pan y agua en compañía de un condiscípulo suyo, hoy respetable magistrado: al llegar al refectorio se resignó este último á colocarse junto á una de las paredes para sufrir la condena; no asi el alumno notable por su aplicacion y talento, quien volviéndose á uno de sus directores le dijo.—No iré allí sino entre cuatro gendarmes.—Pues ireis al calabozo, le contestó el jefe.—Eso es otra cosa, repuso, y atravesando con arrogante paso el refectorio fué á cumplir el mandato que se le habia impuesto.

Por lo que hace á sus ideas y al giro particular de su entendimiento en nada revelaba sus futuros destinos, porque era un estudiante nutrido con las obras de Voltaire, Diderot y Helvecio.

Sin embargo, Enrique Lacordaire habia recibido una educacion cristiana: nacido en 1801 de una honrada familia en una aldea del departamento de la Costa de Oro, de que era médico su padre, habia sido iniciado en las máximas del Evangelio por una madre tierna y piadosa. Desarrolláronse mas todavía las disposiciones volterianas del futuro dominico á su salida de las aulas. Mientras cursaba derecho en la facultad de Dijon con grande aprovechamiento, formaba parte de una sociedad literaria, denominada *El Estudio*, donde se ejercitaba en la oratoria dilucidando toda clase de cuestiones. Despues de estudiar leyes

se dirigió á Paris. Habia ido trabajando diez y ocho meses consecutivos en el tribunal de Casacion con un abogado, cuando sus antiguos condiscípulos supieron no sin sorpresa que se disponia á entrar en el seminario de san Sulpicio. ¿Qué resolucion se habia operado en el alma del jóven escéptico para hacerlo pasar de una incredulidad absoluta á la mas decisiva creencia? M. Lacordaire nos lo dice en lo que llama causas lógicas de su conversion.

«Habia envejecido, dice, nueve años en la incredulidad, cuando oí la voz de Dios que me llamaba á »sí. Si busco en mi memoria las causas lógicas de mi »conversion no hallo otras que la evidencia histórica »y social del cristianismo, evidencia que percibí tan »luego como la edad me consintió esclarecer las du»das que habia respirado con el aire de la universidad. »Por lo demas la fé es un misterio de la voluntad en »que el espíritu no hace mas que un papel muy se»cundario.»

Aquí comienza para Lacordaire una nueva vida: mas no le aguardan la paz, la oscuridad y el reposo de espíritu en la carrera del sacerdocio; por el contrario le esperan luchas, ruidos, tempestades interiores y esteriores, inflamándole ya creyente el mismo ardor belicoso que cuando era incrédulo le devoraba y consumia. No hará la fé otra cosa que trasformar el giro de su índole revolucionaria: lidiará de continuo el hombre con el sacerdote, y el sacerdote con el siglo, y habrá combates, alteraciones repentinas, tentativas audaces seguidas de imprevistas retiradas, un incesante flujo y reflujo de ideas desde la salida del seminario hasta un domingo de cuaresma en que diez mil personas se estrechan y oprimen en el templo de Nuestra Señora para ver entre una humilde capucha un rostro pálido y enjuto y unos ojos negros y relucientes, y oir una voz débil y vibrante esplicando la historia de Francia bajo el punto de vista católico, apostólico, romano.

Parece el P. Lacordaire á los ojos de varias personas un anacronismo, y asi logran esplicarse su originalidad, su talento, su reputacion insigne y al propio tiempo su impotencia, pues no creen en su poder real y efectivo. Si hubiera nacido, dicen, en una época en que el papazgo con la antorcha espiritual en una mano y con la cuchilla temporal en otra, agitára, conmoviera y transformára el mundo, el P. Lacordaire hubiera sido un Pedro el Ermitaño ó un san Bernardo, no teniendo entonces papas, reyes y pueblos mas que una sola creencia y una sola idea en la cual se reasumirian todas las demas; su palabra, espresion de esta idea, no hubiera sido para estos un objeto de análisis y de crítica, para aquellos una especie de recreo ó una emocion fugitiva del alma, sino una palanca para todos. Si hubiera vivido mas tarde en los tiempos de *la gloriosa y santa liga*, hubiera eclipsado á todos aquellos tri-

bunos de cogulla, fulminando desde el púlpito gritos de muerte contra los hugonotes y amotinando al pueblo de París contra Enrique de Valois y el Bearnés. Mas tarde todavía cuando agonizaba la antigua monarquía sin mas apoyo que el de una aristocracia secular y de una aristocracia sacerdotal igualmente corrompidas, hubiera podido ocupar el puesto de un padre Bridaine, plantando una cabeza de muerte en medio de todas aquellas corrupciones, y profetizando la venganza de Dios en los primeros y sordos mugidos de la tormenta revolucionaria. Mas hoy dia en que la espiacion há sido tan prolija y costosa para todos: hoy dia en que la revolucion ha raido de la haz de la tierra todos los poderes de lo pasado; hoy dia en que la autoridad religiosa, asociada en el curso de diez siglos á todas las pasiones, á todas las grandezas, á todas las debilidades de los hombres, ha visto desaparecer en trescientos años de decadencia progresiva, uno á uno todos los restos de su poder terrestre; hoy dia en que ha debido restituirse desnuda á los límites del santuario, donde ha encontrado con las tradiciones de la primitiva Iglesia aquella sublime frase del divino Maestro: «Mi reino no es de este mundo;» hoy dia al fin en que ya ha espirado la era política del cristianismo, y en que le conviene dar principio á una nueva vida, es una tarea harto quimérica intentar que recuperen su existencia antigua, llamándola para ponerse á la cabeza de los pueblos en busca de revoluciones y aventuras, ó para hacer que el tiempo retroceda camino y luchar de frente contra todos los resultados políticos y filosóficos de los tres últimos siglos. En la esencia se advierte en estos dos sistemas sucesivamente adoptados por el padre Lacordaire un mismo fin con distintos medios, un mismo anacronismo, y de consiguiente la misma impotencia.

Otro es el sistema adoptado por los párrocos de aldea, y no es el peor ciertamente. Ajenos á las pasiones, á las ambiciones y á las ideas efímeras del tiempo, se esfuerzan por asentar en el lugar doméstico la doctrina de Jesucristo, destinada á purificarle y embellecerle; predican máximas aplicables á todas las épocas, á todos los lugares, á todos los partidos y á todos los gobiernos, y se apoyan en este principio eterno de abnegacion y de amor compatible con todos los sistemas, y con todas las luces y con todas las libertades. «Amad á Dios con todo vuestro corazon, y al prójimo como á vosotros mismos por el amor de Jesucristo.»

Este método pacífico y lento de restauracion religiosa no podia convenir á los espíritus fervientes del catolicismo; los que deliran con el restablecimiento de la supremacía del papazgo sobre el mundo, aspiran á que la revelacion intervenga en el movimiento filosófico y político de la época, ya para dominarlo asociándose á él, ya para reprimirlo y aniquilarlo. Veamos cómo el padre Lacordaire ha ido de uno á otro sistema; cómo ha pasado del catolicismo espansivo y aventurero de M. Lammenais al catolicismo retrógrado y compresivo de M. de Maistre; cómo despues de haber admitido de acuerdo con M. de Lammenais en 1840 la existencia de dos órdenes de cosas, uno de obediencia absoluta en cuanto se refiere al dogma, y otro de libertad igualmente absoluta y emanando solo de la razon humana, ha llegado á escribir que la razon humana no se basta á sí misma en ningun órden de cosas.

En el momento en que trocando la toga por la sotana entraba el P. Lacordaire en el seminario de san Sulpicio, publicaba M. de Lammenais los tomos primero y segundo del *Ensayo sobre la indiferencia*, destinado esclusivamente el primero á combatir la incredulidad y á probar la importancia y la necesidad de la fé religiosa, tuvo inmensa y unánime acogida: dividió el segundo los ánimos, porque para establecer los medios de discernir la fé verdadera apoyaba la revelacion en la doble autoridad de la Iglesia y del género humano. De la impresion que esta obra hizo en el corazon del padre Lacordaire, nos habla él mismo de este modo.

«Cuando despues de mi conversion leí las obras »de Lammenais, de ese hombre célebre, de ese de»fensor de mi fé resucitada, me sucedieron dos cosas: »creí comprender su filosofía, si bien no la comprendí »segun he descubierto mas tarde, y cuando me fué »mejor conocida me abismó en perplejidades sin tér»mino. No pude lograr en seis años, desde 1824 á »1830, fijar mis irresoluciones, aunque me estrecha»ban mis amigos, muchos de los cuales lo eran tam»bien de M. de Lammenais. En 1830 fué cuando al »fin adopté mi partido mas bien por laxitud que por »cabal convencimiento pues hasta en lo mas ardoroso »de los trabajos del *Porvenir* cruzaban por mi mente »apariciones filosóficas enemigas, y hoy dia creo ver »claramente la falsedad de la opinion á que me habia »adherido.»

Resulta, pues, que el padre Lacordaire se adhirió á la opinion de M. de Lammenais mas bien por *laxitud* que por *convencimiento*.

Al estallar la revolucion de Julio, el abate Lacordaire, todavía no conocido del público, era limosnero del colegio de Enrique IV y acababa de entrar en relacion con M. de Lammenais por mediacion de amigos de ambos. Entonces fue cuando este le invitó á tomar parte con otros jóvenes eclesiásticos distinguidos y algunos seglares en la redaccion de un nuevo periódico, diario, destinado á la defensa del catolicismo.

Despues de pasar quince años de su vida en un combate político-religioso, dirigido de un lado contra los liberales y de otro contra los galicanos; despues de envolver en un mismo anatema á las doctrinas políticas de 1789 y á la célebre declaracion de 1684, redactada por Bossuet, y destinada á fijar los límites del poder papal en las relaciones con el gobierno francés y la Iglesia de Francia, M. de Lammenais, cuyas doctrinas ultramontanas habian sido rechazadas constantemente por el gobierno de la Restauracion, le vió caer sin pesadumbre, orillando el principio político sobre el cual habia querido fundar su doctrina religiosa, se resolvió á probar si seria mas venturoso estableciéndola sobre un principio diametralmente opuesto. ¡El papa y el rey! habia sido la divisa del adalid de la Restauracion. ¡Dios y la libertad! Es decir, el papa y el pueblo, fue la divisa del *Porvenir*.

Despojar al gobierno de toda direccion política, intelectual y moral de la sociedad, reducirle á una administracion material ejercida por delegacion y temporalmente bajo el influjo del pueblo, de modo que entre el poder espiritual representado por el Papa, y el poder temporal, representado por el pueblo, no hubiese ningun poder intermediario; tal era el objeto que se proponian los redactores del *Porvenir*. Faltaba averiguar cómo procederian estos dos poderes puestos así en contacto, y por quién y de qué manera se fijaria la distincion de los derechos propios de cada uno de ellos. Para salir airoso de su empeño profesaba el *Porvenir* simultáneamente el ultramontanismo en religion y el radicalismo en política; pedia la abolicion de toda ley reguladora de la condicion de la Iglesia galicana con relacion al papa; calificaba de *odiosa y humilde* la declaracion de Bossuet; combatia todo concordato como un cisma encubierto, solicitaba la separacion completa de la Iglesia y del Estado, que repudiase aquella el salario que le daba este, y que renunciase á intervenir directa ó indirectamente en el nombramiento de obispos y en la disciplina de la Iglesia. Reclamaba ademas el *Porvenir* con la libertad de conciencia, la libertad absoluta de la imprenta, la libertad absoluta de asociacion, el sufragio universal en cuanto se refiriera á elecciones; y se separaba de los radicales para pedir, aparte de lo que estos pedian, la abolicion del funesto sistema de centralizacion, y la prohibicion de mezclarse el Estado en los asuntos de los concejos, de los distritos y de los departamentos. Por último los redactores del *Porvenir* se declaraban resueltos á no consentir que se les engañase por mas tiempo con vanas promesas, y prontos á combatir y á morir por arrancar al poder libertad completa para todos.

Tal era el programa belicoso y revolucionario del *Porvenir*: figuraba el padre Lacordaire como uno de sus mas firmes é impetuosos campeones. Al mismo tiempo que impugnaba á Bossuet, á los obispos y á todos los partidarios de las libertades galicanas, predicaba la guerra contra los reyes, y se asociaba, con notable energía de estilo, á la política interior y esterior de la oposicion mas avanzada.

A consecuencia de un virulento artículo publicado por el padre Lacordaire sobre el nombramiento de un obispo, y de otro artículo no menos fuerte de M. de Lammenais comparecieron ambos en los tribunales de justicia el 31 de enero de 1831 entre los aplausos de una numerosa concurrencia, compuesta en su mayor parte de jóvenes y señoras, y allí abogaron con grande éxito por el ultramontanismo asociado á la libertad. Absueltos por el jurado inflamó nuevo ardor el pecho de los redactores del *Porvenir*. Habian establecido estos una oficina destinada á percibir suscriciones con el fin de sostener por todos los medios la libertad política y religiosa. Decidió dicha oficina que el principio de la libertad de enseñanza estaba consignado en la nueva Carta y que debia hacer uso de este derecho sin aguardar á que una ley determinase la manera de ejercitarlo: anunció en su consecuencia que abriria una escuela sin autorizacion del gobierno. El padre Lacordaire, M. de Coux y M. de Montalembert, se encargaron de la enseñanza, y reunieron veinte muchachos en una casa de la calle de Bellas Artes. Hallábase en medio de ellos el padre Lacordaire, cuando presentándose con su banda un comisario de policía, dijo: «En nombre de la ley intimo á los muchachos, aquí presentes, la órden de retirarse á sus casas.» Volviéndose el padre Lacordaire á sus alumnos les dijo: «En nombre de vuestros padres, cuya autoridad poseo, os intimo la órden de no moveros de este sitio.» Tres veces se renovaron estas intimaciones contradictorias: no se movian los muchachos de sus puestos, y el comisario de policía se vió en la necesidad de ir á buscar á algunos dependientes suyos y la sala fue desalojada por la fuerza: se sellaron las puertas, y los tres maestros comparecieron ante los tribunales. Por este tiempo fue llamado á la pairía M. de Montalembert por muerte de su padre, reclamó la jurisdiccion de la cámara y llevó consigo á sus coacusados. Fueron condenados; pero cada uno de ellos tuvo la satisfaccion de pronunciar en el tribunal mas autorizado del reino un magnífico discurso contra Bossuet, contra las máximas galicanas, los concordatos y la tiranía del gobierno.

Entre tanto Gregorio XVI empezaba á asustarse del lenguaje de sus *terribles amigos*. El *Porvenir* puso en combustion á todo el clero de Francia; dividido en dos bandos acudió á la córte de Roma, la cual hubiera fallado á favor del *Porvenir*, si en sus columnas no se mezclára al ataque contra las libertades galicanas, la apología de las libertades filosóficas y políticas. Lammenais, Lacordaire y Montalembert se presentaron en la capital del mundo cristiano; y el jefe infalible de la iglesia reprobó las doctrinas del *Porvenir* sobre libertad de conciencia, libertad *civil* y libertad política.

Sometióse M. de Lammenais, no sin dificultad, á la encíclica del papa y la firmó, renegando pocos meses despues de su firma con la publicacion de las *Palabras de un creyente*. Nada costosa fue la abjuracion que el padre Lacordaire hizo de sus errores. No bien supo la desaprobacion del papa fue á postrarse delante del sepulcro de san Pedro y san Pablo rogando á Dios que le abriese los ojos; «Ignoro el dia y la hora, dice, pero ví lo que no habia visto nunca y salí de Roma libre y victorioso.» De esta especie de revelacion resultó una escena acalorada entre Lammenais y el padre Lacordaire, y se separaron tan de repente como se habian unido. A su regreso á Francia estaba el padre Lacordaire medio persuadido de la falsedad de sus opiniones anteriores: acabó de convencerle la publicacion de la encíclica, y desde entonces cayó para él en profundo menosprecio la razon humana, y se dispuso poco á poco á consagrar su talento de predicador y especialmente su pluma á desarrollar, embellecer y poetizar la doctrina de la encíclica del papa, si bien al principio de una manera tan terminante y esplícita que no incurriera en la censura de la autoridad eclesiástica, á consecuencia de los sermones que predicó en el colegio Estanislao un año despues de su vuelta de Roma. Estos sermones empezaron á labrar su alta reputacion en la oratoria sagrada.

Se le propuso en la cuaresma de 1835 predicar en la iglesia de Nuestra Señora bajo la condicion de presentar antes al exámen de sus superiores un plan razonado de los asuntos que se proponia tratar en sus sermones. Así lo hizo y el plan mereció la aprobacion mas completa. Su celebridad creció rápidamente; aunque en concepto de sus superiores aun no se habia despojado de sus antiguas ideas por lo que lo indujeron á volver á Roma, donde llegó en junio de 1836, recibiéndole el papa con los brazos abiertos. A fin de probar que habia abjurado de sus errores publicó un folleto titulado *Carta sobre la*

Santa Sede. Vuelto á París para predicar en la cuaresma de 1838, escitó como siempre la admiracion de su auditorio. Terminada su tarea se encaminó por tercera vez á la capital del mundo cristiano con el fin de tomar el hábito en la órden de Predicadores en la cual profesó el dia 6 de abril de 1840, habiendo escrito durante su noviciado una *Memoria sobre el restablecimiento de la órden de Hermanos Predicadores en Francia*. En el convento de santa Sabina situado sobre el monte Aventino escribió la vida de santo Domingo, y en el 15 de febrero de 1841, volvió á Francia é inauguró su nuevo hábito en el púlpito de Nuestra Señora. Ya hace tiempo que el P. Lacordaire reside en su pais solicitando fundar allí un convento de su órden, y si no lo ha conseguido proviene mas que del gobierno de la oposicion de los obispos.

El P. Lacordaire es un predicador, cuya palabra pertenece á la vez á lo espiritual, y á lo temporal, pues parece haber adoptado como principal tema de sus discursos la cuestion mista de las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

A la sazon se publica en Madrid con estraordinario éxito una coleccion completa de los sermones del P. Lacordaire; una vez leidos nadie puede poner en duda cuán merecida es la gran reputacion del predicador insigne: erudicion profunda, brillantez de imágenes, vigor de estilo constituyen su elocuencia, que reune constantemente bajo las bóvedas de Nuestra Señora de París á la flor y nata de la juventud francesa.

LA CRUZ DE ORO.

INTRODUCCION.

Conocidos y hasta populares son en nuestros dias los alzamientos y trastornos de Castilla en los años de 1519 á 1522, y la porfiada lucha que las comunidades sostuvieron hasta quedar vencidas en los famosos campos de Villalar. Santa y patriótica esta guerra para muchos, la consideran otros tan solo como una sangrienta rebelion; y si los primeros han tenido la feliz ocurrencia de presentarla en nuestra época como digno modelo de virtudes liberales, y hasta de constitucionalismo á toda prueba, los segundos con el mismo derecho á la verdad no han visto ó no han querido ver en ella mas que una desobediencia rebelde é inoportuna. Pero si desacordadamente nuestras opiniones políticas han buscado hasta ahora cierta afinidad ya con los vencidos ya con los vencedores de aquella porfía, juzgando la cuestion sin colocarla en el terreno de la época, y de sus particulares circunstancias, hoy empero la crítica exenta de semejante preocupacion, y sin mas que estudiar el verdadero carácter de aquellas revueltas, ha distribuido á los que las sustentaron y combatieron la razon ó la culpa segun cada cual la merecia.

Estraño será tal vez para el lector que al empezar una simple novela que carece de toda pretension social y política, se agite una cuestion ajena por su índole de figurar al frente de la fábula, pero como en ella han de tener alguna parte varios personajes que en aquellas guerras figuraron, parece si no indispensable conveniente que el novelista se justifique para que cuando procure delinear el carácter de éste ó aquel vencido ó vencedor no hiera las simpatías ó el ódio de sus amigos ó adversarios.

Los reyes católicos habian echado por tierra el edificio feudal, que si en España no fue tan intolerable y tirano como en otras naciones, tuvo sin embargo suficiente poder y firmeza para disputar al trono sus prerogativas, para embarazar sus actos, y para ser un obstáculo inmenso á la unidad de la nacion y del gobierno.

El trono que se veia combatido por la aristocrácia buscó en el estado llano del pais el apoyo que le faltaba, y dando vigor y fuerza á las ciudades quiso y pudo despues contrarestar mas seguro las demasias y el orgullo de los grandes. Conocieron éstos la decadencia de su poderío, buscaron medios de sostenerlo á toda costa, y como el pueblo por la naturaleza de su educacion y del abandono en que estaba sumergido, escaseaba en hombres salidos de su senor que le representasen y defendiesen dignamente, los muchos nobles supieron aprovechar esta feliz coyuntura, abrirse camino, llegar hasta las municipalidades y atrincherarse en ellas para sostener por distintos medios si no iguales privilegios, al menos el influjo y la absoluta dominacion de que gozaban.

La autoridad real por lo tanto, debilitando á un enemigo temible, se habia creado otro mucho mas peligroso.

Así fué que gentes acostumbradas á la opresion que hasta entonces pesára sobre ellas, despertaron como era natural altivas é inquietas, y los mismos nobles alimentando sus exigencias y desafueros ponian en conflicto á la persona del monarca, para que éste arrepentido de su obra recurriese á ellos vendiéndoles de nuevo el poder y la dignidad del trono.

Semejante situacion no podia seguramente producir resultados favorables. La muerte de Fernando V resucitó las ambiciosas esperanzas de la nobleza, así como el desórden y la osadía del estado llano y aun de la inculta muchedumbre; y si el digno cardenal Jimenez pudo mostrar la *última ratio regum* á los nobles que le exigian los poderes en cuya virtud gobernaba en Castilla, no consiguió tan fácilmente imponer sus *ordenanzas* á las ciudades de Valladolid, Búrgos, Toledo y otras varias en donde el pueblo, y á su cabeza los nobles apoderados de los ayuntamientos á título perpétuo, disponian de mejores fuerzas y de mas ostensible poderío.

Agregóse despues á estos males la desmoralizacion con que se prodigaban y vendian los empleos, la facilidad con que se disponia de los impuestos consumidos hasta lo increible por la escandalosa avaricia de los flamencos que invadiendo los mas altos puestos del reino, no supieron otra cosa que llenar de oro sus arcas y comerciar descaradamente con las rentas públicas en daño de los pueblos y en mengua de la nacion que sufria indignada tanta afrenta y tamaño desacato.

Los nobles que sin duda alguna habrian podido evitar estos escesos, si otro espíritu los hubiese dominado en aquella época, eran los primeros que abandonaban el campo á los desórdenes, no atendiendo á mas que á su propio provecho, así los unos encerrados en sus lugares y fortalezas procuraban tan solo mantener su poder y disputarse el predominio entre sus vecinos y rivales; y los otros encastillados en los ayuntamientos alentaban las exigencias de las ciudades, las constituian en pequeñas repúblicas y formaban nuevos elementos de anarquía y de desorganizacion.

Tal era el estado del reino cuando la corona de Alemania llamó á Carlos I á aquellos paises. Los gastos que por decoro suyo y de Castilla necesitaba hacer el monarca al tomar la imperial vestidura, y este mismo viaje, fueron las chispas que encendieron la rebelion ó el maligno pretesto para llevarla á cabo. Preciso es confesar que los pueblos sobre todo estaban agobiados de crecidos impuestos siempre cordialmente satisfechos y nunca manejados con fidelidad, que los flamencos como hemos dicho antes se hacian poco á poco dueños de los primeros destinos del Estado, que los abusos crecian en todo y por todas partes, y que los privados del rey siendo los primeros que faltaban á las leyes y al decoro de Castilla, cerraban cuidadosamente á las quejas los oidos del jóven monarca, y hacian imposible el remedio. Los leales lamentaban tan triste situacion, los descontentos sacaban de ella armas para asestar sus tiros, y los pueblos acabaron por confundir los justos motivos de sus males con los que no lo eran, resultando una general oposicion contra la partida del monarca, contra el impuesto que solicitaba, contra sus privados estranjeros y naturales, y contra todo lo que se opusiese á una radical y pronta reforma de los abusos existentes.

Infringiendo la costumbre y el derecho, reunió Cárlos las córtes en la Coruña; y si muchos procuradores cumpliendo la absurda prohibicion de sus ciudades negaron el impuesto, otros obrando en conciencia ú obligados por mercedes lo concedieron, dando la señal de una lucha sangrienta que ya habia empezado en Toledo, y que pronto cundió por toda Castilla con la rapidez de un meteoro.

Comenzóse la refriega: muchos nobles vieron realizado su triunfo y aumentaron el fuego, otros abrazaron la causa de las comunidades con fé viva y sanas intenciones; la muchedumbre ciega y preocupada se desbordó completamente, y los rencores y los odios de familia encontraron vasto campo en que vengar añejos agravios. Por último la razon se empañaba con la humareda de los motines, la lealtad se debilitaba con la flaqueza ó los abusos del poder, y la ambicion bastarda y los vicios se engalanaban con la popularidad y el aplauso.

Este espantoso caos es el que presenta con frecuencia la historia de los comuneros y de los imperiales; no se busque en unos solamente la gloria y en otros la traicion, virtudes y vicios formaron monstruoso conjunto y por su influencia dominados, tuvieron aquellos sucesos el trágico fin que nadie ignora.

I.

APARICIONES.

Corrian los años de 1520 y era en una de las calorosas tardes de agosto, cuando al toque de oraciones llegaba un caballero á las puertas de Tordesillas, cabalgando en un gallardo potro cubierto de polvo y de sudor. Larga y penosa debió ser la jornada que habia emprendido, porque apeándose de su cabalgadura y abandonando las riendas se dirigió con visibles señales de cansancio á un ancho asiento de piedra en el cual dejóse caer fatigado apoyando su cabeza en el brazo derecho y puesta la mano en la mejilla.

No era ciertamente difícil, á juzgar por la animacion de su semblante y lo airoso de su persona, conocer que rayaba su edad en los 25 años. Los rayos del sol habian impreso sus tintas en el rostro del mancebo, cuya espesa y recortada barba dejaba apenas distinguir unas facciones tan nobles como varoniles, y á las cuales prestaban vida y energía sus negros y rasgados ojos.

La misma fatiga del viaje, quizá las ideas que en aquel instante le agitáran no le proporcionaron un completo descanso; y apenas vió entrada la noche, levantóse del duro lecho en que yacía, y un tanto mas tranquilo asió otra vez las riendas del potro que habia permanecido fiel á su lado, y llevándole tras sí entró á pié por las puertas de la ciudad.

No bien acabára de penetrar en las calles cuando la luz de una linterna sorda hirió ¡repentinamente su vista, interrumpiendo la oscuridad que en derredor reinaba; y á favor de esta luz divisó á un hombre de mala traza, de pequeña estatura y regordete, que acercándose á nuestro viajero le miró con sorpresa y alegría.

—¡Sois vos, ilustre caballero! ¡Qué feliz encuentro ¡Cómo he echado de menos en mi meson vuestra noble presencia!

El jóven reconoció en efecto á Ruiz el mesonero en cuya casa se habia hospedado mas de una vez.

—Permitidme, prosiguió Ruiz, que os escuse la molestia de llevar el caballo puesto que nadie en Tordesillas ha merecido la alta honra de cuidarle sino yo.

En seguida asió al potro por el diestro, y continuó con la mayor impertinencia, no sin proseguir con el jóven su camino.

—¡Supongo que os dignaréis pasar la noche en mi posada! ¿Y qué dejais de bueno por ahí? Dicen que se han rebelado contra el rey en Toledo... Ayer pasaron por este pueblo varios señores que iban á reunirse al cardenal gobernador... Por señas que creí al verlos llegar que vos seríais de su número, y os aseguro que ya me daba que sospechar vuestra larga ausencia; porque si bien nunca venís á esta villa sino para permanecer solo una noche en ella, no suelo tener en mi casa tan lucidas pagas como la vuestra ni tan cumplidos caballeros como vos, sin hablar de este magnífico potro, que es el mas arrogante y sóbrio que hay en 20 leguas á la redonda.

El jóven no respondia á Ruiz, que continuó su no interrumpida plática, hasta que llegaron á la puerta del meson.

Ocupaba el zaguan y la cocina multitud de gente de todas clases: arrieros, trajineros, mercaderes y soldados, se mezclaban aquí y allí bebiendo, jugando y maldiciendo; un candil de hierro colgado en la pared, y la sofocante llama del fogon, iluminaban aquel cuadro, y á menudo crecia el alboroto con los gritos de los arrieros, los rebuznos que salian de las cuadras,

los juramentos de los soldados y los aullidos de algun perro goloso que acababa de ser apaleado por las criadas. El mesonero no contribuia poco á esta estrepitosa armonía, dando voces á un mozo para que se encargase del caballo del jóven, y blasfemando de una criada que aun no habia tenido tiempo, segun ella decia, de preparar las habitaciones.

—Perdonadme, noble señor, repetia á cada maldicion el mesonero, dirigiéndose al jóven; pronto tendreis dispuesta la cama y...

—Es inútil, contestó aquel—, no la necesito; tengo que despachar ciertos negocios, y solo quisiera tomar alguna cosa que me aplacase la sed.

—Al momento.

Y antes de cinco minutos le presentó Ruiz un vaso de agua y vinagre, que el jóven apuró sin dejar gota.

Al abrirse paso entre aquel bullicioso concurso para salir á la calle, sintió el mancebo que le daban dos palmaditas en la espalda, y que un hombre envuelta la cara en un ferreruelo le dijo rápidamente:

—No es en Tordesillas donde vuestra obligacion os llama.

El jóven sorprendido al oir tales palabras, volvió la cabeza y vió ocultarse entre los concurrentes al que de una manera tan estraña y en aquel paraje le recordaba el enorme sacrificio que acababa de hacer viniendo á Tordesillas, y cuán imprudentemente habia dado lugar á ser conocido. ¿Quién podrá ser? ¿Cómo sabe la comision que se me ha encomendado? Se preguntaba á sí mismo el mancebo, buscando por todas partes á aquel hombre: inútil fué su pesquisa, el encubierto habia desaparecido, y el jóven tuvo que desistir de su propósito, y salió del meson no muy tranquilo á la verdad, pero halagado por otro deseo que alentaba en aquel momento sus mas gratas ilusiones.

Cruzó nuestro héroe las estrechas y oscuras calles de la villa, no sin echar mano á la empuñadura de su espada cada vez que á la escasa luz de alguna devota lámpara colocada en esta ó aquella esquina, divisaba la figura de un hombre; ó á medida que sentia pisadas en torno suyo. Internóse por un estrecho callejon y á poco reconoció el sitio al cual se habia encaminado; y observando cuidadosamente si le seguian, acercóse á una puertecita pequeña, la empujó con suavidad; y como le acontecia en tales casos, la puerta cedió á su impulso, dándole entrada á un frondoso, sino vasto jardin, cuyas verdes enramadas besaban los muros interiores del palacio real de Tordesillas.

El jóven sintió latir su corazon con violencia, y olvidó en aquel instante todo lo que por disfrutarlo se espusiera. Henchido de placer y de esperanzas llevó sus pasos lentos y silenciosos hácia un bosquecillo de rosales que á la izquierda del jardin habia, y apenas llegó á él, derramó en torno sus miradas, y pronunció con apagado acento el nombre de Isabel.

Al tiempo mismo el blando soplo del aura agitaba la copa de los árboles y murmuraba entre sus hojas, dejando confusamente percibir el eco suave de una voz que respondió á la del jóven.

—Isabel, repitió éste, adelantándose por entre la espesura.

—¡Don Diego, deteneos! esclamó apareciendo una mujer de magestuosa presencia y juvenil talante, envuelta en un blanco velo de gasa que le ocultaba sus facciones.

Don Diego (pues tal era el nombre de nuestro héroe) se quedó estático al verse delante de una mujer, cuyo acento y cuya figura estrañaba completamente.

—Señora... murmuró trémulo y confuso.

—Osada es vuestra empresa, caballero, pero tranquilizaos: la imprudencia está cometida, y ademas este casual encuentro no tiene por qué alarmar á ninguno de los dos; entrambos sabemos lo que á nuestra calidad se debe, y para mí no es del todo nueva vuestra presencia en este sitio; asi, pues, ya conocereis que el secreto no peligra en mis labios.

Dijo la desconocida estas palabras con una dulzura y una dignidad encantadoras; la nobleza de sus modales, y el tono apacible de su conversacion, alentaron la timidez de don Diego, que la dirigió esta pregunta.

—¿Segun eso me conocíais de antemano?

—Os he visto muchas noches.... casi todas las que habeis acudido á estos parajes; por señas que despues de quince dias hoy es la primera vez que...

—En efecto, deberes imprescindibles me han privado durante este tiempo....

—Vuestro linaje es ilustre. ¿Servis al monarca?

—Dos años hace que vine de Italia, donde estuve combatiendo por él: ¿pero vos conoceis mi familia?

—Hace tiempo tenia yo noticias de su valer y lealtad.

—¿Y cómo ha sido, segun asegurais, haberme visto aquí antes de ahora? Yo no recuerdo....

—Lo creo porque os he visto desde donde vos no lo podíais sospechar. ¿Ignorais que los amantes no suelen contra su propio deseo precaverse de ser descubiertos?

—No hay duda que á veces el amor ciega...

—Y ciega muy cruelmente.

—Amais vos por ventura?

—Sí, amo á mi propio infortunio!

—No os comprendo.

—Ese enigma es mi tormento.

—Me duelo de ello y os juro que desearia... pero disimulad si mis preguntas os molestan.... ademas.... yo....

—Paréceme que os turba mi presencia.

—Es natural, nunca he tenido la honra de encontrarme con vos y aun ahora....

—Llevo cubierto el rostro, no es asi?

—Puesto que lo habeis adivinado....

—Ya conocereis que las circunstancias que acompañan á esta impensada entrevista... porque os aseguro que yo no la sospechaba siquiera.

—Así lo creo; sin embargo vos me conoceis bien á lo que parece.

—Y qué quereis decirme con eso?

—Que me lisonjeo de poder mereceros alguna confianza.

—Oh! mucha, os lo aseguro, creed firmemente que me intereso por cuanto tiene relacion con vos, y que me ha hecho sufrir vuestra ausencia, porque..... porque Isabel sufria y yo hubiera querido consolar su pena.

—Cómo! esclamó don Diego, vos sois amiga de Isabel! y cuándo, decidme, pudo ella sospechar de mi cariño?

—No sospechaba... no... respondió la jóven con acento desfallecido; pero el mismo deseo de veros...

—Ah! vos sois amiga de Isabel y no me lo habeis dicho hasta ahora... y aun os negais á daros á conocer!

—Es imposible!

—Pero descubridme vuestro rostro.

—Es imposible...!

—No insistiré, mas el interés vivo que vuestro carácter y aun vuestro misterio me inspira, no puede renunciar á la esperanza de conoceros algun dia, y si entonces mi amistad os pudiese ser útil...

—Entonces yo la aceptaré gustosa.

—Y cómo! vos no habreis de provocar ese momento?

—Teneis razon, porque probablemente será esta la última vez que nos veamos; pero pues yo tambien he reconocido en vos prendas dignas de ser apreciadas, no quiero ya que me lo suplicais dejar de demostraros la estimacion que me mereceis, estimacion tanto mas sincera, cuanto que se funda en cualidades que han de labrar la futura felicidad de una amiga á quien amo.

Tomad, añadió la jóven entregando á don Diego con su blanca y torneada mano una sencilla cruz de oro pendiente de un cordon de seda negro.

Don Diego contemplaba á la desconocida absorto y confundido.

—Aceptad este pequeño recuerdo, tal vez algun dia os lo pidan en mi nombre, y entonces conocereis á la que os habla en este momento. Isabel ha hecho justicia á vuestro mérito, y yo, como su íntima compañera, me complazco en secundar sus intenciones.

Don Diego aceptó aquel presente sin saber á qué atribuir tan incomprensible acontecimiento. La tardanza de Isabel á quien ya echaba de menos en aquel sitio, el inesperado encuentro con la jóven cuya agradable conversacion le cautivaba, cuyo misterio le confundia, y cuyo interés hácia su persona llamaba su atencion, tenian al mancebo perplejo y aturdido. La desconocida permanencia á su lado silenciosa y observando sus mas insignificantes movimientos, hasta que al fin haciendo un esfuerzo sobre sí misma esclamó dirigiéndose á don Diego.

—Siento en el alma poner en vuestra noticia un suceso que no podrá menos de seros desagradable; pero quizás estareis preguntándoos en este instante por qué Isabel no se halla á vuestro lado, y es fuerza que os participe la causa.

—Cómo! prorumpió don Diego sobresaltado y temeroso; luego la ausencia de Isabel en este sitio.....

—Isabel está en Zamora al lado de su padre que vino en persona á obtener el permiso de la reina para llevársela consigo.

—Isabel no está aquí! esclamó don Diego amargamente.

La jóven lanzó un suspiro que don Diego interpretó á su modo.

—Suspirais! oh! es decir que hay algo misterioso en su partida! Hablad por favor, señora, hablad, es preciso que no me oculteis nada:

—Yo... cómo os he de decir... murmuró la desconocida temblando, cómo os he de decir... Isabel va á casarse, su prometido esposo la esperaba...

—Va á casarse... gritó frenético don Diego.!

—Va á casarse!... repitió una voz ronca y destemplada que salió de lo espeso del ramaje inmediato.

La jóven quedó exánime al escucharla, y don Diego tuvo que sostenerla para evitar que cayese desmayada de sorpresa y terror.

Las pisadas de un hombre y el ímpetu violento con que hollaba las flores y las ramas que á su paso se oponian, resonaron hasta perderse enteramente.

—Partid, partid—dijo la jóven.—Nos han sorprendido y está en peligro vuestra vida.

—Pero y vos?

—Dejadme, continuó la desconocida deshaciéndose de don Diego, dejadme, y adios para siempre.

Y en seguida huyó precipitadamente desapareciendo del jardin.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

—Ruiz! Mi caballo! gritaba don Diego apenas volvió al meson que ya conocen nuestros lectores.

—Al instante, poderoso señor, repetia el mesonero restregándose los ojos medio dormido y poniéndose á ensillar el potro con un aturdimiento inesplicable.

—Isabel en Zamora! murmuraba entre tanto el jóven.—Y cuando otros cuidados me llamaban allí mismo, venir á Tordesillas y faltar á mi deber solo por ella!... por la ingrata!

Al decir estas palabras cruzó á todo escape un caballo por delante de la puerta del meson, y el ginete que le guiaba soltó una risotada irónica y estrepitosa.

Don Diego estaba muy ajeno de sospechar nada de semejante demostracion, y pocos momentos despues emprendia con la velocidad del rayo el camino de Zamora.

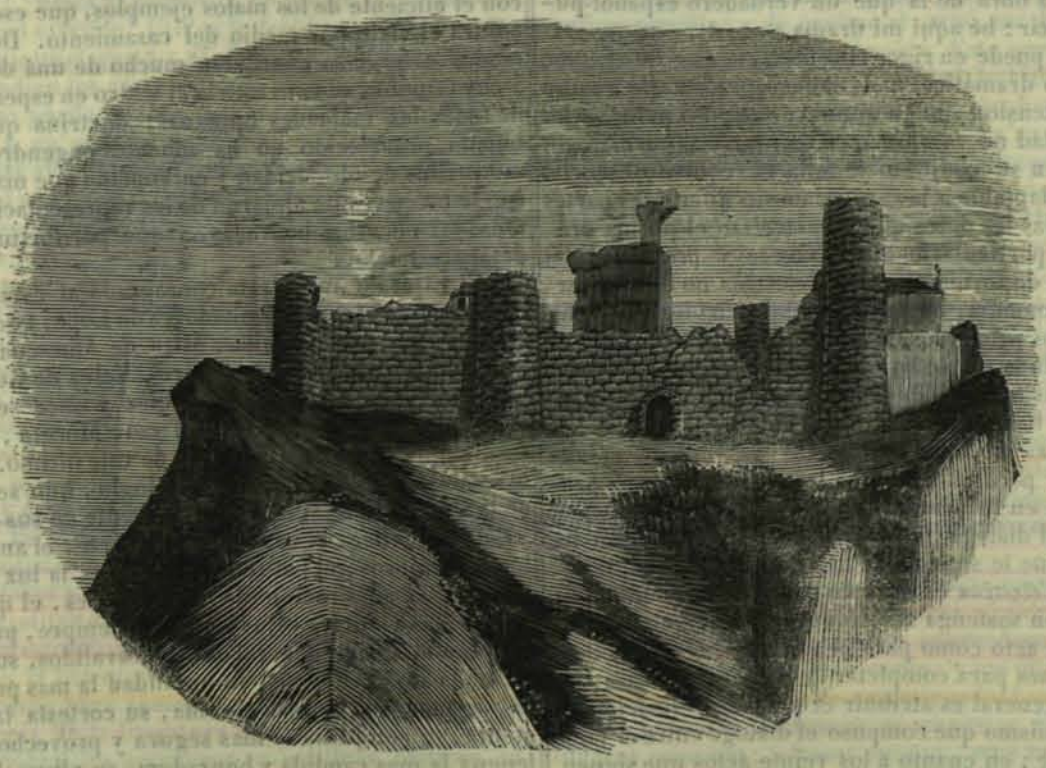
(*Se continuará*)

CASTILLOS DE ESPAÑA.

Aún se conservan en todas las provincias de España muchos castillos, monumentos de la edad media, como símbolo de las perpétuas luchas de los magnates y del trono. Una rápida reseña de la historia de las mas notables fortalezas de nuestro pais, parece adecuada al plan constante seguido por nosotros.

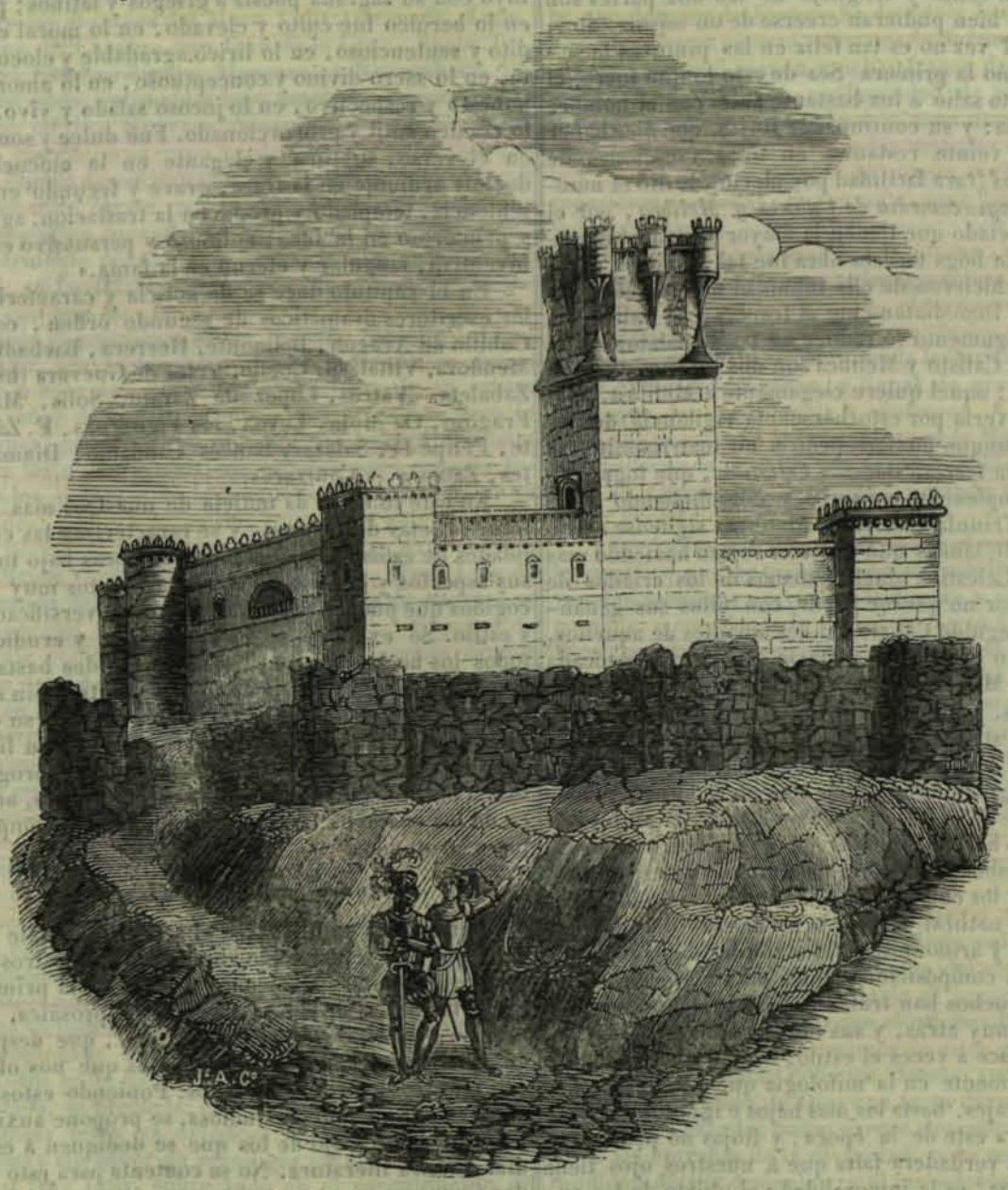
Castillo de Carcabuey. Se halla situado en la provincia de Córdoba, y corona la cumbre del peñasco que domina el pueblo, cuya celebridad trae su orígen del tiempo de los romanos: se sube á su vasta y espaciosa plaza de armas por ásperos y tortuosos senderos: guarnecen al castillo macizos muros y elevados torreones: ha desaparecido toda la barbacana. No se sabe la época de su fundacion, si bien se supone que debe ser de las mas remotas. Restaurada la poblacion y el castillo de Carcabuey por Fernando el Santo, hubo de padecer detrimento en la irrupcion de Mahomad, rey de Granada, aliado de don Sancho, y fué de nuevo invadido en 1530 por los

agarenos. Si hoy se conserva el castillo de Carcabuey, se debe á ser el santuario donde se venera la virgen denominada del Castillo y allí encontrada, segun el testo de una tradicion antigua.



Castillo de Carcabuey.

Castillo de Belalcázar. En la misma provincia y á quince leguas de su capital hay una villa, conocida hasta el siglo XV con el nombre de Gaete, y sujeta á la jurisdiccion y señorío de Córdoba, época en que don Juan II la donó en encomienda al maestre de Alcántara don Gutierre de Sotomayor para que la gobernase en su nombre, haciéndole luego señor de Gaete, de cuyas resultas labróse una hermosa fortaleza á que dió el nombre de Belalcázar, trasmitido tambien al pueblo. Rodean al castillo ocho torres con la del homenaje alta de 165 pies: á los dos tercios de su elevacion pierde su forma cuadrangular, y desde un cornisamento bajo el cual se vé esculpida una cadena es piramidal su figura. Allí han nacido muchos varones insignes de la familia de los Sotomayores: de allí salió en 1485 con una mesnada el conde Lozano, que á la edad de treinta años murió de un saetazo en el cerco de Casarabonela. A poco de evacuar los franceses el castillo de 1812 á 1813 demolieron inconsideradamente los vecinos del pueblo toda la parte de las habitaciones. Hoy pertenece el castillo de Belalcázar al Excmo. señor duque de Osuna.



Castillo de Belalcázar.

MANUAL DE LITERATURA

POR

DON ANTONIO GIL DE ZARATE.

Segunda parte.—Tomo segundo.

Está destinado este tomo 2.º á exponer y dar noticia de las principales obras y de los mas célebres poetas que forman la historia de nuestro teatro. El orígen de las representaciones dramáticas alcanza entre nosotros á los primeros tiempos de la monarquía, aunque de una manera ruda y grosera, como convenia á la rusticidad de aquellos tiempos. Nuestras crónicas hacen mencion de los *juglares* que recorrian los pueblos, entreteniendo á las gentes, danzando y cantando trovas, y haciendo *juegos de escarnio*, que eran una especie de farsa, en que los actores decian, despues de haberse convenido entre sí, las graciosidades que se les ocurrian. De estos primeros ensayos nada se conserva ni podia conservarse, porque ó consistia en improvisaciones, ó las composiciones escritas han perecido enteramente, ó solo se conservan, ignoradas quizá entre el polvo de algunos archivos. En el siglo XIV se encuentra la composicion intitulada *La danza de la muerte*, ó *Danza general en que entran todos los estados de gentes*, y que se conserva manuscrita en la biblioteca del Escorial. En el siglo XV y en su último tercio, aparecieron los marqueses de Villena y Santillana, y Juan de la Encina; el primero escribió una comedia alegórica, cuyos interlocutores eran: la *Justicia*, la *Verdad*, la *Paz*, y la *Misericordia*: el segundo compuso la *comedieta de Ponza*, que el señor Martinez de la Rosa descubrió en la biblioteca de París. El *diálogo entre el Amor y un viejo*, escrito por Rodrigo Cota, y que aunque no pueda ser considerado como comedia, dice con mucha razon el señor Gil de Zárate, que es admirable por la elocucion, por la armonía de los versos, y por la elegancia que ostenta ya en ella el habla castellana.

Da despues el señor de Zárate circunstanciadas noticias de Juan de la Encina y Fernando de Rojas, al último de los cuales se atribuyen los veinte actos últimos de la Celestina. «El primer autor, dice, que sin elevarse todavía á la altura de la comedia, sin pretenderlo siquiera, tuvo ya una tendencia dramática, y dejó escrita una coleccion de piezas representadas en algo que se pareciera á teatro, fue Juan de la Encina, que floreció á fines del siglo XV y principios del siguiente. Nació en Salamanca, no se sabe á punto fijo en qué año, y estudió en aquella célebre universidad: pasó luego á la córte, y entró al servicio del duque de Alba. Ademas de sus talentos poéticos, poseyó los de escelente músico, y por ambos conceptos supo granjearse el afecto de su protector, habiendo compuesto la mayor parte de sus piezas dramáticas para representarlas en casa de aquel elevado personaje. Hizo largos viajes: estuvo en Roma, donde el Papa Leon X le nombró maestro de la capilla pontificia, recompensándole despues con el priorato de Leon. Hízose sacerdote, y en calidad de tal emprendió en 1519 el viaje á Jerusalem, acompañando á D. Fadrique Enriquez de Ribera, primer marqués de Tarifa. A su vuelta publicó en Roma, año 1521, su peregrinacion puesta en verso, con el nombre de *Tribajia*: cumplidos los 65 años regresó á su patria, donde murió en 1534.

»Con el título de *Cancionero* se publicó la coleccion de sus obras en Salamanca en 1496 y 1509, habiéndose hecho despues bastantes ediciones; pero en el dia son rarísimos los ejemplares.

»Fue Juan de la Encina varon notabilísimo, y uno de los que contribuyeron á perfeccionar nuestra poe-

sía, debiendo ser comprendido entre los mas ilustres poetas anteriores á Garcilaso. Ningun escritor del siglo XV le aventaja en dulzura, y él los vence á todos en naturalidad. Estudió con esmero su arte, y prueba de ello es su *poética*, una de las quimeras que existieron en castellano, y muy anterior á la de Juan de la Cueva, de que en otro lugar hemos hablado. No es ciertamente una obra comparable con las buenas poéticas que conocemos; pero es lo que podia ser en aquel tiempo, limitándose principalmente á enseñar la manera de trovar, como se decia entonces. Principia por hablar del orígen de la poesía castellana, y sigue examinando los medios de hacer versos; señala su medida, y los piés de que constan. Es notable la distincion que hace entre el poeta y el trovador: «Cuanta diferencia, dice, haya del músico al cantor, y del geómetra al pedrero, esta misma es entre el poeta y el trovador.» Por donde se ve que Encina conocia muy bien que para ser poeta no basta hacer versos, y que una cosa es el mecanismo de su construccion, y otra el genio, que les dá valor y vida.»

Gradúa el señor de Zárate la *Celestina* como la obra mas importante de aquella época, y uno de los monumentos de nuestra antigua literatura, donde ya el habla castellana se ostenta con toda su gala y lozanía.

Despues de describir en el capítulo 3.° los esfuerzos que hicieron varios poetas antes de Lope de Vega para aclimatar el teatro antiguo, entre quienes se hace especial mencion de Torres Naharro y Lope de Rueda, se ocupa el autor en el capítulo 8.° en hablar de Lope de Vega, cuya vida refiere, y cuyo mérito caracteriza tan bien y con tanta estension y precision. Copiaremos los mas notables párrafos.

«Era Lope de genio apacible y suave, lleno de amable cortesanía en el trato, y aunque tuvo detractores, pension comun á todos los grandes ingenios, no conoció nunca la envidia, prestándose siempre gustoso á alabar á los demas poetas, entre los que á la verdad sobresalió tanto, que no tenia por qué temer rivalidad alguna.

»Sin embargo, si llegó á lo sumo el aura popular de Lope durante su vida, despues de su muerte, cuando hubo desaparecido el asombro que causára su prodigiosa fecundidad; cuando otros se presentaron en la escena superiores á él en dotes dramáticas; cuando en fin, principiaron á cundir principios literarios mas ajustados á los preceptos de la antigüedad y las obras de esta, se consideraron como los únicos modelos dignos de imitacion; entonces las alabanzas se convirtieron en vituperios, y no faltó quien quisiese confundir á tan grande hombre con los mas despreciables dramaturgos. Injusticia fue esta mucho mas inescusable que el desmedido aplauso que se le tributára en vida. Al menos este se fundaba en un mérito real, en el prestigio que no puede menos de acompañar al genio, en sus facultades portentosas, que si abusó de ellas lastimosamente, el mismo abuso demuestra cuán grandes y poderosas eran. Libres ahora á la par de aquel prestigio y de toda preocupacion nacida de doctrinas literarias, apreciamos á Lope en lo que vale y juzgamos de su mérito con imparcialidad.

»Por lo que llevamos dicho hasta ahora acerca de los progresos que habia tenido nuestra escena, se debe haber visto cuán incierta habia sido en su marcha, produciendo solo, ya farsas chocarreras é indecentes, aunque á veces llenas de chistes y gracia, ya novelas dialogadas en las que el embrollo suplia la falta de interés, ya dramas monstruosos bárbaramente atroces, que aun no lograba sostener el lujo de poesía que se prodigaba en ellos. Cuando apareció Lope teníamos muchas obras dramáticas, pero carecíamos todavía de un verdadero teatro. Se conocia que era preciso seguir diferente rumbo que los antiguos, pero no se atinaba con el verdadero; hacíanse ensayos de toda clase, y ninguno correspondia al deseo general, ninguno acertaba con el verdadero gusto de la nacion: tal vez el pueblo bajo se solazaba con las groseras farsas que solian presentársele: tal vez los esfuerzos de algunos para dar decoro á la escena con mas nobles argumentos y mas culto lenguaje, merecian los aplausos de las personas ilustradas; pero no existia un espectáculo que escitase á un tiempo las simpatías de todos, lo que gustase á todos sin distincion de clases, que formase en fin un teatro nacional. Entre las toscas producciones de los unos y los esfuerzos casi convulsivos de los otros, no se encontraba una obra de la que un verdadero español pudiera decir: hé aquí mi drama.»

»No puede en rigor considerarse este libro como una obra dramática, ni es dable representarla á causa de su estension, ni su autor la compuso para serlo: en realidad no es mas que una novela en diálogo; pero si en su conjunto le falta el requisito esencial de ser adaptable á la escena, en sus diferentes partes tiene todas las dotes que caracterizan el poema dramático, particularmente la viveza y propiedad del diálogo: de forma que si la Celestina no es una verdadera comedia, ha debido influir no obstante infinito en los progresos de nuestro teatro. Por causa de ella sin duda empezaron nuestros ingenios á dar mayor estension á la fábula, y á enredar mas sus argumentos, harto sencillos hasta entonces: se pasó de las églogas de Encina á piezas ya verdaderamente cómicas; pero en lo que se la tuvo sobre todo presente fue en la pintura de los caractéres, y en la forma del diálogo, cuya imitacion es visible en los dramas que le siguieron, hasta Lope de Vega.

»La *Celestina* es obra de dos autores, aunque no falta quien sostenga ser de uno mismo, que escribió el primer acto como para prueba, y los demas mucho despues para completar la obra. Sin embargo, la opinion general es atribuir el primero á *Rodrigo de Cota*, el mismo que compuso el diálogo entre el Viejo y el Amor; en cuanto á los veinte actos que siguen, fueron escritos por D. *Fernando de Rojas*, que los declara así en unas coplas acrósticas que acompañan á la obra, y cuyas primeras letras dicen: *el bachiller Fernando de Rojas acabó la comedia de Calisto y Melibea, é fue nascido en la Puebla de Montalvan.* El estilo y lenguaje de las dos partes son iguales, y bien pudieran creerse de un mismo autor, aunque tal vez no es tan feliz en las pinturas la segunda como la primera. Sea de esto lo que fuere, el primer acto salió á luz bastante antes con el nombre de comedia: y su continuador Rojas, que dice haber hecho los veinte restantes en unas vacaciones de quince dias (rara facilidad por cierto), le dió el nombre de *Tragi-comedia de Calixto y Melibea*, por el fin desgraciado que tienen la mayor parte de los personajes. La boga de esta obra fue tal, que en poco tiempo se hicieron de ella infinidad de ediciones, y se tradujo inmediatamente al francés y al italiano.

»El argumento se reduce en pocas palabras á lo siguiente: Calisto y Melibea son dos jóvenes de buena familia; aquel quiere ciegamente á Melibea, mas no puede verla por estorbárselo la vigilancia de los padres. Aunque pudiera pedirla en matrimonio, se vale de una tercera llamada *Celestina*, que logra reducirla empleando conjuros y corrompiendo á los criados. Triunfa Calisto de Melibea: síguense á esto multitud de lances que cada vez se van haciendo mas trágicos. Celestina muere á manos de los criados de Calisto, por no querer partir con ellos sus ganancias; perseguido Calisto por los amantes de aquellos, que buscan gente para matarle, cae de una estocada y muere: Melibea se arroja de un terrado á vista de sus padres.

»Por este corto análisis se ve que la escena debe variar frecuentemente; y así sucede, no guardándose en esto regularidad alguna. Mas no es el plan el mérito que se debe buscar en este drama: la pintura de caractéres hecha con naturalidad y fuerza, y una verdad admirable, la belleza de muchas descripciones, la gracia y los chistes de que abunda el diálogo, siempre fácil, natural y vivo, la hermosura del lenguaje tan flúido y armonioso; tales son las dotes con que brilla esta composicion, única en su especie, pues aunque muchos han tratado de imitarla, todos se han quedado muy atrás, y sus obras yacen olvidadas.

»Desluce á veces el estilo, la afectada erudicion, particularmente en la mitología que muestran todos los personajes, hasta los mas bajos é ignorantes; pero defecto era este de la época; y Rojas no podia eximirse. La verdadera falta que á nuestros ojos tiene la Celestina, es la inmoralidad: el objeto de los autores fue sin duda bueno, pues se propusieron alejar á los jóvenes de un amor ilícito, con la pintura de los males á que puede arrastrarlos; mas presentando á sus ojos cuadros repugnantes de inmoralidad, caractéres viles y perversos; poniendo, en una palabra, al descubierto toda la fealdad de las maldades humanas, no sé si se consiguen mas bien depravar el corazon con el aliciente de los malos ejemplos, que escudarle contra el vicio por medio del casamiento. De todos modos es preciso guardarse mucho de una doctrina á cuya sombra se convertiria el teatro en espectáculo de todas las maldades humanas; doctrina que habiendo prevalecido no há mucho, engendró esos mónstruos de obscuridad y corrupcion que mancharon la escena, que alejaron de las representaciones á todas las personas honradas, y que por fortuna van desapareciendo.»

El capítulo nueve está consagrado al estudio de los contemporáneos é imitadores de Lope; tales son, Ramon, Tarraga, Aguilar, Mira de Amescua, Miguel Sanchez, Guillen de Castro, Velez de Guevara y Montalvan. En los capítulos diez y once se hace el mismo estudio respecto de Tirso, Moreto, Alarcon, Rojas y Calderon. Acerca de este último, copia el señor de Zárate el siguiente elogio, que se halla en la noticia biográfica puesta al frente de sus obras: «Este fué, dice, el oráculo de la córte, el ansia de los extranjeros, el padre de las Musas, la luz de los teatros, la admiracion de los hombres, el que de peregrinas virtudes estuvo ornado siempre, pues su casa era el abrigo general de los desvalidos, su condicion la mas prudente, su humildad la mas profunda, su modestia la mas elevada, su cortesía la mas atenta, su compañía la mas segura y provechosa, su lengua la mas cándida y honradora, su pluma la mas cortesana de su siglo, y que no hirió jamás con mordaces comentos la fama de ninguno, ni manchó con libelos á los maldicientes, ni su oido atendió á las detracciones maliciosas de la envidia; y éste en fin, fué el príncipe de los poetas castellanos, que sustituyó con su sagrada poesía á griegos y latinos; pues en lo heróico fué culto y elevado, en lo moral erudito y sentencioso, en lo lírico agradable y elocuente, en lo sacro divino y conceptuoso, en lo amoroso honesto y respectivo, en lo jocoso salado y vivo, en lo cómico sutil y proporcionado. Fué dulce y sonoro en el verso, sublime y elegante en la elocucion, docto y ardiente en la frase, grave y fecundo en la sentencia, templado y propio en la traslacion, agudo y primoroso en la idea, animoso y persuasivo en la inventiva, singular y eterno en la fama.»

En el capítulo doce se dá noticia y caracterizan los escritores dramáticos de segundo órden, como Cubillo de Aragon, Belmonte, Herrera, Barbadillo, Mendoza, Villaizan, Coello, Velez de Guevara (hijo), Zabaleta, Vatres, Lopez de Zárate, Solís, Matos Fragoso, Oz Mota, Leyoa, los Figueroas, F. Zárate, Felipe IV, Salazar, Bances Candamo, Diamantes, Zamora, y Cañizares.

En este tomo se dá noticia de nuestros mas célebres poetas dramáticos, y se caracterizan las cualidades de éstos, considerando sus obras bajo todos sus aspectos y citando de ellas fragmentos muy escogidos que pueden darnos á conocer su versificacion y estilo. Se exponen en él con crítica y erudicion todos los hechos que pueden dar una idea bastante instructiva de la historia de nuestro teatro. Sin embargo, no perdiendo el autor nunca de vista su objeto, se ha propuesto particularmente que su libro sirva de guia á cuantos se propongan hacer progresos en el conocimiento de nuestros dramáticos, acerca de los cuales ha trazado unos juicios tan completos y profundos.

Segunda parte.—Tomo tercero.

Dando fin á su útil tarea el señor de Zárate, se ocupa en este tercer tomo en examinar nuestros escritores prosistas. Habiéndonos dado en la primera parte las reglas de la buena elocucion prosáica, era preciso, para completar este estudio, que despues de aquellas se siguiesen los ejemplos que nos ofrecen nuestros escritores clásicos. Poniendo estos en manos de la juventud estudiosa, se propone auxiliar y facilitar el trabajo de los que se dediquen á estudiar nuestra literatura. No se contenta para esto con dar á conocer nuestros mejores prosistas y sus obras, sino que con el mismo tino y con la misma sagacidad, inteligencia, gusto y profundidad, nos explica los caractéres que los distinguen en los diversos géneros que han ejercitado. No hay cosa mas comun y vulgar que oir decir: es preciso estudiar nuestros

buenos escritores, pero, ¿de qué manera se ha de hacer este estudio? ¿Basta una atenta y contínua lectura? ¿Basta el propósito de imitar servilmente á tal ó cual escritor? Util es la lectura, porque forma por instinto el gusto y el oido. La imitacion, como la entendian los antiguos retóricos en sus proginnasmas, no puede decirse perjudicial, pero limita el genio á un círculo demasiado estrecho; arranca á aquel las alas con que puede elevarse, y quita á sus obras el sello de originalidad. ¡Pobre cosa es proponerse únicamente expresar sus pensamientos con las mismas formas y estilo que generalmente empleaba este ó aquel escritor, por eminente que sea! ¿Por qué no se ha de aspirar á un tipo de perfeccion ideal? ¿Por qué no se han de estudiar las cualidades en que mas sobresale cada uno de los modelos de buena y castiza locucion? ¿Por qué de la atenta observacion de todos no se ha de formar uno propio y original que distinga á cada escritor? Para este estudio tenemos una guia segura en el *Manual* del señor Zárate, y especialmente en este tomo de la segunda parte, en el que, no solo caracteriza nuestros buenos prosistas, sino que nos señala como con el dedo las bellezas y defectos de cada uno, para evitar estas y para imitar aquellas; decimos imitar, y no copiar, porque esto último no es propio del estudio filosófico de la literatura, sino del pequeño esfuerzo que se necesita para remedar servilmente. Esta obra no es propia de la literatura ni de las artes.

Divide á los escritores en políticos, criticos, sagrados, historiadores, tanto sagrados como profanos; y novelistas en sus varios géneros. De los tres primeros géneros hace mencion de Palacios Rubios, Perez de Oliva, Cervantes de Salazar, Guevara, Rua, Luis Mejía, Villalobos, Venegas, Antonio Perez, Quevedo, Saavedra, Gracian y Zabaleta: y entre los sagrados del Moro Avila, Granada, Leon, Malon de Chaide, San Juan de la Cruz, Santa Teresa, Estella, Zárate, Marquez, y Nieremberg. De todos estos, estimables bajo muchos conceptos, y de sumo mérito, Guevara, Saavedra y Granada, pueden considerarse como verdaderos modelos, porque son dignos de ser imitados; el primero, como observa el señor de Zárate, por la variedad de sus tonos, por la elevacion, grandeza y energía de su estilo, y singularmente por su abundante lozanía, su naturalidad, su facilidad, su graciosa discrecion, la libertad con que dice las verdades, y el donaire con que templa la acrimonia de su mordaz filosofía; el segundo, por la magestad y rotundidez de su frase, por la energía, concision y precision de su estilo. El señor de Zárate reconoce sus defectos, pero lo califica, como á «uno de nuestros buenos hablistas y de los que mas conviene estudiar para conocer todos los recursos de la lengua;» y el tercero por su fluidez, riqueza de estilo, armonía y rotundidez de los periodos, animacion y fuego en las expresiones, y uncion verdaderamente apostólica. Fray Luis de Granada debe ser la lectura constante de cuantos se propongan adelantar en la elocuencia. El señor de Zárate copia el juicio que de este grande orador hace don Antonio Capmany, que nuestros lectores verán con placer. «Como los escritos, dice, de este venerable padre son tan diversos, su éxito tambien se resiente de la materia que trata. De aquí viene que en unas partes se remonta, en otras se abate; en unas se inflama, en otras se enfria; en unas es vehemente, en otras tranquilo; pero en todo flúido, numeroso, fácil y natural. Como el autor escribió sus obras para el provecho espiritual de todas las clases y condiciones de personas, dispuso, asi el estilo como la materia, de modo que siendo uno, se acomodase á la capacidad y luces de todos. Por esto siempre en sus escritos resplandece, sobre todas las otras virtudes de la elocucion, la claridad, sencillez y propiedad: asi es que entre tantos y tan varios tratados no se halla una voz forastera, desusada, latinizada, ni afectada: con lo que probó que la lengua española tenia ya entonces bastante riqueza en sí misma, sin haber de mendigar las ajenas. Fué singular fray Luis, sobre todo en el escogimiento de los epítetos, con que realza poderosamente las cosas, y en la pureza y propiedad de la diccion.

El V. Avila, habia creado, por decirlo así, un lenguaje místico de robusto y sabido estilo; y el V. Granada lo hermoseó, lo retocó con lumbres y matices, y le dió número, fluidez y grandiosidad en las cláusulas, sin ser hinchadas, afectadas ni afeminadas. Tuvo tambien la habilidad de ser grande con la expresion sencilla, y de ocultar el arte, no habiendo casi periodo que carezca de arte. Esto nacia de su facilidad; mas tambien esta facilidad le hizo verboso; y la verbosidad, redundante en muchas partes.

«A lo menos, la facilidad que poseia su incansable pluma de amplificar por todas las circunstancias imaginables un pensamiento, fue ocasion de que cayese algunas veces en un estilo difuso, lánguido y uniforme: asi que me atrevo á decir, á no ser por la importancia de las materias que trata, y por el celo santo con que las esplica, seria necesario tener hambre de leer, ó necesidad de engañar el tiempo, para deleitarse en algunos lugares, tejidos de frases monótonas y cargadas. Como Fr. Luis siempre fue pródigo del inagotable caudal de su doctrina y caridad, y le parecia que nunca acababa de imprimir en las almas las verdades eternas que predicaba, forzosamente habia de derramar en la oracion frase y palabras, que se repiten muy á menudo, ó se diferencian con muy poca variedad.

»De esta profusion y abundancia venia la desigualdad ó decaimiento de la fuerza y calor del estilo en algunos lugares; porque apurándose la materia, desfallece el brio y el interés; y los últimos pensamientos en algun modo amortiguados han de enervar los primeros. Entonces es menester recurrir á lugares comunes; á frases nuevas, mas no diferentes: á comparaciones y limites, ya felices, ya triviales, y las mas veces no necesarias; á discursos y pruebas contrapuestas entre sí, en que el autor, haciendo la primera parte, tiene hecha la segunda; y el lector leida la una, tiene adivinada la otra, como el reverso de una moneda corriente. Cualquiera sabe que despues de *hartura* ha de venir *hambre*; despues de *pobreza riqueza*; despues de *dulzura amargura*, etc. De aquí vienen muchas frases descuidadas, frecuentes reflexiones, uniformidad de pensamientos y de períodos: y de todo esto nace una difusion y abundancia sin limites. En estas especies de oraciones, que á manera de rios de mansa corriente y de espaciosas revueltas, llevan un camino lento y pausado hasta su fin, conocido y previsto por la primera idea que ha de contrastar con la última, sucede que los lectores de viva y pronta imaginacion, que ya de lejos ven, mas no lo alcanzan, el término donde ha de descansar la impaciencia de su deseo, sufren un género de molestia en la detenida lectura de las cláusulas graves y sosegadas, y llenas de grandes palabras, que les desconsuela y adormece. A la manera de lo que acontece á los viajantes por la Mancha llana, que padecen la pena de ver desde que salen de la posada el campanario del lugar, á donde han de ir á hacer noche.

»Verdad es que Fr. Luis, como el principal autor ascético que se proponia en sus escritos hollar la vanidad mundana, y vencer la dureza y rebeldía del pecador, ó enardecer su tibieza en actos de amor de Dios, queria preparar el pasto espiritual para todas las clases y condiciones de hombres, á fin de que todos lo hallasen aderezado al sabor de su paladar y á la complexion de su estómago, y el provecho fuese de esta manera igual á todos. Yo no vengo aquí á juzgar el mérito de Fr. Luis en la elocuencia, cuando soy su admirador; solo he querido explicar, en reverencia de su alta y grande opinion, la causa por qué no es igual en muchas partes de sus escritos, su excelente y magestuoso estilo.

»A pesar de estas imperfecciones (si tal nombre merecen), fue el venerable Fr. Luis colocado á la cabeza de los españoles elocuentes del siglo XVI, y como tal debe tambien venerarlo el presente. Es en la clase de los místicos, lo que el célebre Bossuet entre los oradores; un solo primor de estos grandes escritores borra veinte defectos. Jamás autor alguno ascético ha hablado de Dios con tanta dignidad y alteza como Granada; quien parece descubre á sus lectores las entrañas de la divinidad, y la secreta profundidad de sus designios, y el insondable piélago de sus perfecciones. El Altísimo anda en sus discursos como anda en el universo, dando á todos sus portes vida y movimiento. Cuando se coloca entre Dios y el hombre, esto es, cuando pinta nuestra fragilidad y miseria en contraposicion de su omnipotencia y misericordia, cuando encarece su infinito amor, y nuestra ingratitud y rebeldía, es grande, es sublime, es incomparable. ¿Quién ha hablado con mas energía que él de las vanidades del mundo, y de las amarguras del moribundo? ¿De la fealdad del pecado y de la hermosura de la virtud? ¿de la brevedad y miseria de esta vida mortal, y de los deleites eternos de la celestial bienaventuranza? Al paso que muestra la pompa de la lengua castellana, ¿cómo esfuerza el tono de la verdad, y de sus profundos sentimientos? No solo vemos un estilo claro, terso, lleno y numeroso, sino tambien locuciones de dulcísima elegancia, imágenes magníficas y sublimes, y una diccion siempre pura, castiza y escogida. Su elocuencia es muy parecida á la de Crisóstomo: en ambos se advierte la misma facilidad, la misma claridad, y la misma riqueza y abundancia de expresiones.»

Varios capítulos de este tomo estan destinados á dar conocer nuestros historiadores, como Ocampo, Morales, Zurita, Garibay, Mariana, Mendoza, Moncada, Melo, Solís, Argensola, Avila, Coloma y otros; y los historiadores sagrados, como Sigüenza, Yepes y Roa. Concluye dándonos noticia de nuestras novelas pastoriles, picarescas y de costumbres, y trazando un ligero resúmen de la literatura del siglo XVIII. El juicio que forma el señor de Zárate de Mariana, entre los historiadores, y de Cervantes, entre los escritores de romances y novelas, nada dejan que desear, y tienen la latitud que merecen estos dos escritores que con razon son mirados como modelos.

De ninguna obra puede decirse con mas propiedad que es un presente hecho á nuestra literatura, que por sus muchas noticias y por su excelente crítica, corresponde al importante objeto á que se destina, y al crédito y distinguida reputacion de su autor.

EL MONASTERIO DE SAN LORENZO.

Severa, magna, armónica, sencilla
avasalla tu mole la memoria,
del entusiasmo flor, del arte gloria,
luz de la fé, del mundo maravilla.

En la estension de tu recinto brilla
grande y fulgente en óptica ilusoria
de un poderoso rey la ínclita gloria
emblema de los triunfos de Castilla.

De San Quintin, recuerdo soberano,
Orán perfumes, el Japon maderas,
oro te daban Méjico y los Andes,
mármoles el soberbio Vaticano
y de Lutero y Mahomet banderas,
por Alva y por D. Juan, Lepanto y Flandes

——

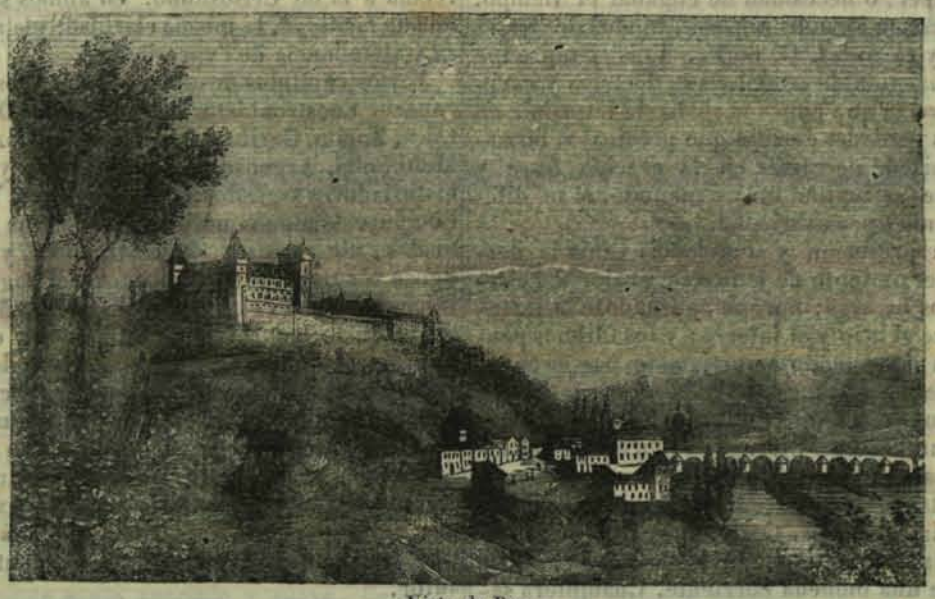
Fúlgido faro, excelsa luminaria
entre el cielo y el mundo suspendida
fuiste del infortunio santa egida,
de inquieto mar ribera hospitalaria.

Mansion de culto viuda y solitaria
llora tu grey dispersa y desvalida,
y al eco de tus claustros no dá vida
himno de gozo ó lúgubre plegaria.

De grandeza y poder vivo destello,
del mísero mortal yugo benigno,
de fervorosa edad místico sello
y de incrédula turba triste signo,
aún conservas en arte lo mas bello
si en religion te falta lo mas digno.

SUCESOS CONTEMPORÁNEOS Y REVISTA TEATRAL.

Al murmullo de las brisas de setiembre se despoja la floresta de sus galas, pierde su amenidad el campo, y los que desertaron de Madrid por el estio regresan de los baños y de los realos sitios de san Lorenzo y san Ildefonso, donde cada año se reune mas concurrencia y especialmente en el último cuando corren sus magníficas y graciosas fuentes. Desde que nuestros reyes



Vista de Pau.

de Aumale desde Pau al territorio español á fin de visitar á la reina doña Isabel II: en nuestra próxima Revista hablaremos minuciosamente de los festejos con que se celebra la corta permanencia de los príncipes franceses en la capital de Pamplona.

Aguardando este dia S. M. ha recibido el homenaje de amor de los bilbainos, que despues de sellar una y mas veces con su sangre su adhesion al trono de Isabel, han tenido la satisfaccion de verla dentro del deleznable muro de la invicta villa. S. M. ha paseado diversas veces por la ria hasta Portugalete y ha visitado el santuario de Begoña.

Al fin el dia 12 ó 13 volverá á Madrid la córte segun lo afirman todas las noticias, y entonces veremos abiertos los salones de las sociedades y concurridos los teatros.

A estas horas debe hallarse ya en España el célebre autor de la *Historia del Consulado y del Imperio*. Parece que el objeto de este viaje es recorrer los pun-

Cazador del regimiento caballería de Bailen.

tos donde tuvieron lugar los hechos militares de mas importancia durante la heróica lucha de la independencia. De antemano nos damos el parabien de est^e viaje, pues ya que M. Thiers aspire á probar, como lo ha anunciado en el primer tomo de su obra, que *España fue invadida sin perfidia por parte de la Francia*, se convencerá al menos de que sus paisanos no necesitaron atravesar á nado el humilde Manzanares con el sable en la boca para tomar el fuerte de Correos, como lo anunciaban los generales de aquel tiempo en sus pomposos partes oficiales; y dilatará sus ojos por la llanura de Bailen para que no dude como algunos de sus compatriotas, que allí lidiaron reclutas á pecho descubierto contra guerreros ornados de merecidos laureles; y al pisar la ciudad de Zaragoza podrá desmentir á M. Laurent, otro de los historiadores del emperador de los franceses, quien afirma con imperturbable aplomo, que al fin *hubo de rendirse á discrecion Zaragoza*.

Ha ocupado á los periódicos estos dias el informe del señor Quinto sobre las nuevas tarifas de correos, y han sido pulverizados uno á uno todos los datos en que se ha querido fundar *á posteriori* el impopular, inoportuno é insostenible decreto del 12 de agosto. En esta cuestion nada podemos decir de nuevo. Si antes del 1.° de octubre no se modifica ampliamente lo dispuesto, el señor Pidal habrá logrado una funesta celebridad muy semejante á la del Pastor de Delos, ó la del personaje que tuvo intenciones de arrojarse con el emperador Cárlos V desde lo alto de la Basílica de san Pedro en Roma.

Se preparan los teatros á cobrar nueva vida. En el del Circo se ha cantado *la Parisina* siendo en ella muy aplaudido el tenor Tamberlick, y se ha repetido la *Adelia* sin muchos espectadores.

Se ha abierto el teatro del Príncipe con la representacion de *doña Mencía*, drama del señor Hartzenbusch, y habiendo regresado del veraneo todos los actores de esta compañía, esperamos poder felicitar dentro de poco á su director por la variedad y buena eleccion de las funciones que se hayan de poner en escena.

Debe empezar sus trabajos la compañía de ópera del teatro de la Cruz el dia 8 de setiembre con *Il Giuramento*. Ya se hallan en Madrid los tenores Guasco y Mirate: se aguarda de un dia á otro el barítono Ferri, y para mediados de octubre á Moriani, quien debe hacer su primera salida con la ópera titulada *Giovana di Arco*. Ferri debe presentarse con el *Templario*.

En el teatro de Buena Vista se ha representado una comedia de un jóven de pocos años titulada: *Colon y el Judío Errante*: reunir á estos dos personajes es mas bien que una fantasía una estravagancia, de que no puede resultar una obra que merezca los honores de una crítica razonada.

Pronto regresará á Madrid la compañía de Variedades; de modo que este invierno tendremos cuatro teatros.

Se ha repartido el tomo 4.° de la *Historia del Consulado y del Imperio* publicada por el señor Boix y traducida por Galiano: comprende este tomo todos los sucesos ocurridos desde las felicitaciones dirigidas á Bonaparte á consecuencia de ser nombrado cónsul por vida hasta el ignominioso arcabuceamiento del duque de Enghien en los fosos de Vincennes. Se ha recibido ya la mitad del tomo 5.° y se publicará á principios de octubre.

Ha terminado la novela titulada el *Judío Errante*, de la cual no han quedado mas que Eugenio Sué y siete momias: con este motivo hay quien diga si las elaborará de modo que trasforme cada momia en un pecado, para dar á su nueva novela el ya conocido título de *Los siete pecados capitales*.

Acaba de aparecer el prospecto de una obra importante. Se titula *Historia pintoresca de las religiones, doctrinas, usos, ceremonias y costumbres religiosas de todos los pueblos del mundo antiguos y modernos*, redactada en francés por M. Chavel, y traducida al castellano por el Sr. Magan. De esta obra darán idea las siguientes líneas:

Las religiones, que á su vez han existido y existen en la actualidad sobre la faz de la tierra, sorprenden á primera vista por la variedad de sus contrastes. Sublimes especulaciones y vanas puerilidades, concepciones eminentemente poéticas, é imágenes, á cual mas toscas y triviales, preceptos saludables, y funestísimos mandatos, todo esto se encuentra entre las diversas religiones. Una vez que el hombre, desoyendo la voz de su Criador, se entregó á sí mismo, y á su frágil y limitada razon, la oscuridad y tinieblas, la ignorancia y el error ocuparon el sitio de la verdadera luz, que el Hacedor Supremo infundió en su alma para que pudiese conocerle y aprendiese á tributarle homenaje.

Respecto á la idolatría y demas religiones falsas, la India, mas que otra alguna, es la cuna de todas ellas, y de las supersticiones curiosas y dignas de contemplarse. Las demas naciones de la tierra, esceptuando la judáica, y luego despues la cristiana, no hicieron mas que copiarlas, y por lo tanto, por ese pais es por donde debemos comenzar nuestro trabajo. Despues que presentemos las creencias y ceremonias que aun en aquellos climas se conservan, y espliquemos su propagacion y transformaciones sucesivas, al través de las diversas regiones del globo, describiremos á su vez el *Brahmismo* del Indostan, el *Bouddhismo* de Ceilan, Pegú, Sian, Toug-King, Japon, China, Thibet y Tartaria; las religiones de los *jainas*, *scikhs*, *laotseistas*, y *khoun-fou-tseistas*; las creencias y cultos de los *sintoistas* y tribus de la América y Oceania; el *Druidismo* y *Maniqueismo*; el *Paganismo asirio*, *griego y griego romano*; el *Fetichismo* de las tribus de Africa; el *Mosaismo* y sus diversas modificaciones; el *Cristianismo* con sus iglesias diferentes, *Católica*, *Romana*, *Griega*, *Luterana*, *Calvinista*, etc.; el *Mahometismo* con sus numerosas sectas; el Culto de la razon, la *Theophilantropia*, el *San-Simonianismo*, el *Johantismo*, etc., etc.

En cada religion comprenderemos su *origen y monumentos* de toda especie, en que aquel se halla consignado, sus *leyendas theogónicas*, *pneumatogónicas* y *cosmogónicas* escritas en sus sagrados libros, ó conservadas en tradiciones populares; sus *dogmas*, *simbolos*, *moral*, *y ministros* de su culto; *los ritos*, *ceremonias*, *prácticas de devocion*, y demas *actos religiosos*, que se refieren á los *nacimientos*, *matrimonios y entierros*; las *opiniones y costumbres heterodoxas* de los pueblos que la profesan; su *historia*, y la de las *sectas* que de ellas se han separado; sus mártires y sus víctimas; su *influencia sobre la civilizacion* en las diversas naciones, y por último su *geografía y estadística*.

El objeto de esta obra es puramente histórico; en ella se refiere, pero no se discute: se presenta el cuadro, se declara su autor y su escuela, pero no se buscan sus defectos y lunares, ni se le compara con otros, para aumentar ó disminuir lo intrínseco de su mérito.

DIRECTOR Y EDITOR D. ANTONIO FERRER DEL RIO.

Impreso en las prensas mecánicas de D. I. Boix.